

puesto en las nubes, apreciado en alto precio, mientras que un buen hombre se vé escupido y despreciado por todos. Así, mientras pensais en las musarañas de esas ideas innatas, los frailes se apoderan del mundo, estos ratones de todos los quesos, terceros de todos los amores, gorriones de todas las bodas, pajuelas de todos los incendios, piedras de todos los escándalos.....

—Vamos, Poggio, dijo Cosme, no quiero oír hablar de ninguna de vuestras supersticiones contra los conventos y contra los frailes, porque fundadas en una exageracion, encierran muchos errores y degeneran en verdaderas injusticias. Hablemos, si quereis, de arte.

—Entre tantos grupos como se forman en torno de vuestra grandeza y entre tantos como hay en esta tierra privilegiada de Toscana, dijo Marsilio Ficino, en verdad no conozco muchos artistas. Mostrádmelos y tendré sumo placer en admirarlos. Todos deben llevar en su frente esa llama vivificadora del génio que es como la lengua de fuego llovida sobre el cenáculo de los Apóstoles por el Espíritu Santo.

—Aquel, que está á la derecha con cierto ramillete en las manos, estudiando y componiendo sus colores; dos ó tres aves raras en los hombros dispuestas á desplegar las hermosas alas de raro plumaje, en cuanto les dé un grito; seguido de algunos jóvenes que parecen atletas; la nariz perfilada como un busto antiguo, los ojos grandes y profundos como para recoger todos los matices, demacradas las mejillas á la calcinacion del pensamiento, grande la cabeza y en proporcion verdadera con su desmedido génio; es Masaccio, el hijo de la naturaleza, repetida en sus cuadros, el padre de la pintura moderna arrancada por sus atrevidos pinceles á las formas litúrgicas, á las tradiciones religiosas, á la rigidez bizantina y puesta sobre la observacion para que sea la verdad resplandeciente de hermosura. Aquellos que desde Giotto le preceden puede decirse que han luchado con varia fortuna para deshacerse de la servidumbre; mas no puede, no, decirse que han vencido. Solamente él es vencedor. Solo él ha entrado en el universo, en ese templo de las formas; y ha sabido embellecerlas en las esferas del arte. Cuando veo la capilla del Cármen que está pintando y observo aquellos muertos resucitados, tan distintos de los antiguos personajes dejados en las paredes y en las tablas por sus predecesores, tan parecidos á todos cuantos nos rodean, imaginome que ha dado soplo de vida verdadera, no al cadáver yerto, sino á la misma naturaleza creadora, enterrada bajo las cenizas de tantas antiguas supersticiones. Estamos en tiempo de resurreccion. Los sepulcros, que parecian vacíos, se llenan de vida y de esperanza, como las yemas de los reverdecidos árboles en los días de la primavera y como los senos de las jóvenes esposas en las satisfacciones del amor. Tú, Poggio, has resucitado á Roma en toda su magestad, tú, Marsilio, has resucitado á

Grecia en toda su belleza; pero Masaccio ha resucitado algo superior y duradero, ha resucitado en toda su vitalidad á la misma naturaleza.

—Es verdad, dijo Cosme, entre esos monumentos que parecen erigidos para personificar la magestad y la fuerza, deben vagar esos personajes de Masaccio que parecen evocados para pintar la verdad y la naturaleza.

—Teneis razon, Cosme amigo, dijo Poggio, todo resucita en nuestro tiempo, en este tiempo creador, todo, y no solamente la elocuencia, la filosofia, la naturaleza, el arte de los pintores con el arte de los escultores, tambien resucita el arte de los arquitectos. Y mirad su Hércules, que enseña un gran plano á varios jóvenes en torno suyo sentados á la sombra de verde laurel. No diriais al verle, menudo de facciones, avellanado de huesos, bajo de estatura, enfermizo de complexion, remangado de nariz, estrecho de frente, todo él miserable y pequeño; no diriais que en tan pobre cuerpo se contiene tan grande alma como el alma de Bruneschi. Helo ahí; es el revelador de la arquitectura moderna, ántes de él un caos, despues de él un mundo. Durante tu destierro, Cosme, se fué á Roma; y ningun mortal ha sacado tanta vida de la muerte, tantos recuerdos del olvido, tantas obras de las ruinas. Errante por los caminos cubiertos de cenizas, con ánimo de repetir esta columna ó interrogar á aquella piedra, absorto ante los monumentos destrozados á los embates del tiempo recompuestos en su vasta mente; ya bajando á los abismos de las sepulturas abandonadas hasta de los huesos, ya subiendo á las cimas de las ruinas ceñidas de yedras y de zarzas; sentado dias enteros en aquel campo de batalla, en aquel foro, donde han combatido ideas reveladas por ruinas semejantes á los fragmentos de un planeta, y en aquel coliseo cuyas moles se igualan á los montes, y en aquel panteon de Agrippa en que aun creeriais reunidos los dioses de la fuerza y de la victoria, sorprendió la secreta correlacion de los tres órdenes de arquitectura griega, y estudió como un anatómico las líneas y la contextura del arco romano; y luego ha venido aquí, á su patria, como para obligar á estas severas piedras etruscas á amontonarse y componerse al reclamo de sus ideas de igual suerte que se levantaban los muros de las ciudades antiguas á los ecos de la creadora lira de Anfion. Volved los ojos á nuestra idolatrada Florencia; descubrid en aquellos mares de follage el templo singular que se levanta sobre otro templo; mirad la rotonda aun no concluida que debe coronar las Iglesias de Santa María de las Flores; y decidme luego si habeis visto ni en la misma antigüedad ese prodigio, ese edificio aéreo, escalando las alturas, y que se diria sostenido por el iman de las ideas y fundamentado sobre las resistentes alas del génio. Yo os lo digo, pasarán muchos siglos y la humanidad no se cansará nunca de admirarlo. Yo os lo digo, se sucederán muchas generaciones; y cuantas quieran ver las cimas del espíritu humano, contemplarán absortos esa sublime rotonda.

—¿Decidme, Cosme, le preguntó Marsilio, cómo, entre estos coros de

génios, los mayores quizás hoy de la tierra, no sé encuentra aquel singularísimo á quien tanto admiramos en San Giovanni, el escultor Ghiberti?

—Uno es, ciertamente, de los que honran á nuestro tiempo y de los que podrian con más derecho emular á los preclaros hijos de los tiempos antiguos. Al encontrarse por las cercanías de Florencia cierta estatua clásica enterrada sin duda en los primeros tiempos del cristianismo por la piedad de alguna alma tierna, deseosa de sustraer tan perfecta obra á los excesos del celo religioso, Lorenzo Ghiberti cayó en verdadero éxtasis, y no contentándose con verla y contemplarla en arrobamiento, la palpaba con el fino tacto de un ciego, despues de haberla besado mil veces, como si quisiera estudiar y comprender con todos sus cinco sentidos tantas y tan varias bellezas. Desde entonces la antigüedad no ha tenido un continuador de su altura y de su temple. El mármol y el bronce florecen bajo su mano creadora. Las perspectivas se prolongan á la combinacion de sus líneas maravillosas y los personajes se animan al golpe de su mágico cincel. Mirad esa puerta primera que ha colocado por encargo del comercio en la entrada de San Giovanni, mientras termina la segunda, que ya tiene dibujada en carton y que le supera en hermosura. Las guirnaldas se extienden por su cuadro principal á manera de las parras por nuestros campos; las cabezas perfectas entre los círculos cincelados milagrosamente, resaltan como para contemplar en los aires algo inaccesible á nuestros ojos mortales y digno de su misteriosa contemplacion; los grupos se combinan con tal arte y con tal verdad, que los veréis animarse en actitudes varias y hablar expresando las ideas esparcidas sobre sus rostros radiantes; un reposo parecido al reposo de los dioses, reina en toda la composicion, verdadero prodigio de armonía; y á pesar de la muchedumbre de figuras que surgen luminosas entre la multitud de exuberantes ornamentos, reina tal gracia combinada con tan perfecto gusto, que tomariais esta obra de la moderna Florencia por una obra de la antigua Atenas. Lorenzo no es un escultor de estatuas aisladas, las cuales contradicen con su soledad el carácter verdadero de su inventiva; la riquísima facultad creadora que le lleva á producir la multitud de figurillas combinadas en los bajo-relieves y á exaltarlas por procedimientos maravillosos con todos los ornatos reproducidos y copiados de la misma naturaleza. Así puede decirse que en él ha florecido el génio de Florencia. Pero ¡ah! ese artista no es mi amigo; y no es mi amigo, porque bajo su vasta cabeza no late un gran corazón. Soberbio y aislado siempre en su orgullo; envidioso y odiando por lo mismo á sus émulos; creído de su competencia universal, aunque, como pintor, no puede competir con Masaccio; y como arquitecto, no puede competir con Brunelleschi; el carácter de ese hombre no está á la altura de su génio. Os referiré un hecho. Brunelleschi optó al trabajo para las puertas de San Giovanni. A este fin compuso el bajo-relieve del sacrificio de Isaac. Pero, en cuanto vió su propia obra en frente de la obra de su competidor, se

retiró vencido por su propio juicio, y ayudó sin remuneracion al vencedor en su empresa. Y luego, cuando Ghiberti compitió con tan generoso émulo en la obra de Santa María dei Fiori; no solo quiso vencerlo injustamente, sino que, asociado á la obra, á pesar de la notoria superioridad de su cofrade, le puso luego una cuenta á éste, al que le secundara con tanta generosidad, y le exigió el dinero. Desde entonces no puede ser amigo de Cosme de Médicis, que estima en mucho el génio, pero no tanto como la virtud. En cambio, mirad, ahí viene el mejor de los hombres, ahí viene Donatello.

Y en efecto, apareció un hombre ya de alguna edad, cubierto con extraña toca semejante á un gorro veneciano, ceñido de larga túnica cuyos pliegues le caian desde el cuello á las plantas, y cuyas mangas perdidas casi tocaban en el suelo, semejándose por su trage y por su apostura bien á un Dux de Venecia, ó bien á un alquimista de antiguas y arraigadas vocaciones. Lucia toda la barba, que, espesa y rizada, no bastaba á ocultar una boca desmesuradamente grande como dibujada para abrir y dejar paso á toda sinceridad y franqueza. Su nariz prolongada, su entrecejo ceñudo, sus ojos saltones, su mirar profundo, dábanle elevadísima distincion y anunciaban la variedad de sus talentos. En sus manos veíase riquísima patera que brillaba por su artística riqueza, y que fijaba la atencion de cuantos á su lado pasaban, por su valioso mérito.

—¡Donatello!

Le dijo Cosme al verle venir.

—¡Cosme!

Le respondió Donatello.

—¡Riquísima obra!

Añadió Cosme cuando ya Donatello se aproximaba.

—Que deposito en vuestras manos, corto testimonio de mi inmenso agradecimiento.

—Hermosísima.

Repitió el padre de la patria.

—Incomparable, admirabilísima, sublime.

Añadieron los circunstantes por decir alguna frase de admiracion vulgar, y por cooperar con el eco de sus afirmaciones al juicio de Cosme.

—Es un bronce, añadió Donatello, en cuya superficie he intentado mostrar la antigüedad, de nuevo naciente, como un sol del espíritu, tras largas sombras. Un Sileno y una Bacante reproducen con toda la verdad posible en sus cuerpos llenos de vida, la embriaguez de aquellos tiempos divinos; un cuerno recibe la leche que brota de los pechos de esa mujer en cuya fecundidad se repite la misma fecundidad de la creadora naturaleza; el tirso enlaza sus nudos con los sarmientos cargados de riquísimas uvas como en las antiguas bacanales; y las hojas de oro y plata entrelazándose, intentan repro-

ducir los premios de aquellos juegos que reunian á la sombra de los laureles de Delfos á todos los héroes de la Grecia.

—Maravilla verdaderamente única en el arte moderno.

Exclamó Marsilio.

—¿Qué no puede esperarse de mi amigo Donatello? Uno de los mayores prodigios, que ornan mi palacio, es su David; pastor en la primavera de la vida; con la armonía de las formas y la serenidad del alma en todo su cuerpo; sobre su cabeza el sombrero pastoril adornado de sedas; en las manos la larga espada como signo de su fuerza; bajo los piés la cabeza de Goliath como signo de su victoria, idéntico por el dibujo de sus admirables líneas y por la seguridad de su tranquila apostura á las antiguas estatuas.

—Idéntico, Cosme. Ni siquiera parecido puede decirse. No conviene exajerar de esa suerte nuestro mérito, dijo Donatello. Los antiguos en escultura nos vencerán siempre. Yo solamente necesito ver los fragmentos que se encuentran entre las ruinas, para presentir que nunca jamás lograremos sobrepasarlos; porque nunca jamás lograremos tampoco el equilibrio de sus facultades, la armonía de sus ideas, la paz reinante entre la forma y el fondo de sus pensamientos, la robustez del cuerpo atlético unida á la serenidad del alma enteramente tranquila. ¡Ah! Todavía he imitado la antigüedad en otra obra, en aquel bajo-relieve, donde Baco se halla tendido en su carro, cuya zaga empuja un amorcillo, y de cuyas varas dos amorcillos tiran, mientras otros muchos, por aquí y por allá diseminados, arrastran carretas cargadas de uvas, ó suenan aquel címbalo á cuyos ecos se estremecian todas las campiñas en los tiempos de la vendimia. Y ¡cuán lejos me he quedado de los bajo-relieves que conozco, á cuya hermosísima sencillez no pueden llegar ni de lejos nuestras toscas manos ni nuestros desquiliados pensamientos!

—No trates de disminuir tu mérito ni de achicar tus inspiraciones. El San Jorge de la iglesia de San Miguel tiene el aire de un jóven cruzado que ha visto en los cielos el lábaro de sus combates y que fia en el auxilio divino, de cuya segura proteccion espera la palma de sus victorias.

—En cambio el San Márcos, modelado con tanto estudio, ha salido de una irremediable vulgaridad.

—El afán ó la necesidad de producir suele malograr muchas bellas obras. Es difícil ser sublime sin uniformidad, fluido sin exceso, gracioso sin charrerías, agudo sin refinamiento, analizador sin escepticismo, lírico sin hiperboles, elevado sin exajeracion, y natural sin vulgaridad. Habeis querido, Donatello, expresar como Masaccio la verdad misma, y muchas veces tropezais, yendo tras lo sencillo, en lo vulgar.

—¿No sabeis lo que me sucedió con Bruneleschi?

Preguntó Donatello á sus conversadores.

—No.

Digieron á una todos, menos Cosme.

—Es capaz de contarlo.

Observó éste.

—¿Pues no he de serlo?

Añadió Donatello, extrañando la extrañeza de Cosme.

—La posteridad sabrá tu primacía entre todos nuestros escultores y no sabrá tu modestia.

—Acababa yo de concluir un Cristo de grandes dimensiones para la sagrada capilla de Santo Croce, y confieso que tenia por él verdadero entusiasmo. Ya estaba colocado en su sitio, cuando llevé á mi amigo Filippo Bruneleschi á fin de que lo viera y lo admirara, pues nunca habia seguido yo una norma tan rigurosa en la imitacion de la naturaleza y en la copia de la verdad. Declaro que creí vencer todas las dificultades del arte y superar todas las obras de mis predecesores. En esta creencia llevaba á mi amigo y presentia un elogio suyo correspondiente á mis sentimientos. ¿Cuál no seria la intensidad de mi asombro viendo que miraba y remiraba sin decir una palabra, y sin manifestar la admiracion de que esperaba verle poseido? Todo lo contrario; á los pocos momentos me dió como una puñalada en mitad del pecho, con decirme que mi crucificado se asemejaba á un campesino dormido. Argüile con alguna respuesta, y me amenazó con demostraciones prácticas de su aserto y justificativas de su crítica. En efecto, un dia, cuando más olvidado estaba de la disputa, me convidó á almorzar en su casa. Fuí, porque nada me era tan agradable, y me ofreció en uno de sus huertos huevos duros, habas verdes, vino de Fiesole. Pero cuando ya estábamos allí, me dijo que recogiera todo el almuerzo y lo llevara á una cámara vecina, mientras él daba algunas disposiciones para el trabajo de la tarde á sus discípulos y á sus ayudantes. Cogí queso, huevos, habas, en mi delantal de trabajador, que me habia puesto para ayudarle en alguna cosa, y entré en la cercana estancia. Pues todo el almuerzo fué rodando por el suelo á un estremecimiento involuntario de admiracion y de asombro. Habia hecho un Cristo de las mismas dimensiones que el mio y le habia dado una expresion admirable, poniendo en su rostro, bajo la corona de espinas, en cráneo, frente, ojos, color, y expresion de todas las facciones, lo que yo no habia acertado á expresar: el ideal. Quedéme atónito y le dije, con toda la ingenuidad de mi alma, que me habia vencido.

—Hé ahí, amigos míos, lo que jamás hubiera hecho Lorenzo Ghiberti. Hé ahí la modestia unida al mérito. Pero, desiguales tus obras, si algunas se olvidan, otras te darán la inmortalidad y le darán largos dias de gloria á tu patria.

—Es verdad!

Dijo una voz entera cuya firme acentuacion mostraba bien la profundidad de sus fuertes convicciones.

—Eres tú, Lúcas de la Robia, exclamó Donatello, tú el mas brillante d

nuestros escultores, el que parece haberle quitado á los mares y á los cielos sus matices, á los arbustos y á las flores su pintura, á las nubes y á los celajes y á los crepúsculos sus reverberaciones para el barro, dotándolo de un lustre y de una transparencia muy semejantes al brillo y al esplendor de los más hermosos metales.

—Gracias, Donatello, gracias. Como lo iluminas todo con tu propio genio, crees tus émulos á los que apenas podemos contarnos entre tus pálidos imitadores.

—Gracias mil; tengamos esa amistad por la cual engrandeceremos á nuestra patria. Acordémonos de que nuestros celos y nuestras envidias pasarán de generacion en generacion y provocarán maldiciones eternas, mientras, nuestro mútuo afecto, coloca las almas de sus hijos en torno de Florencia, como esos ángeles que rodean la imágen divina de la Virgen.

—Teneis razon. ¡Felices aquellos que han recibido de las alturas el presente de prodigioso genio y pueden dorar con un rayo de esa luz inmortal las sienas de su patria!

—¿No sabeis lo que pasa?

Preguntó Donatello á los que rodeaban á Cosme de Médicis.

—Pues, ¿qué pasa?

Preguntaron todos á una.

—Que ha aparecido en esta inmortal ciudad un nuevo hijo de las musas, un nuevo sacerdote de la inspiracion.

—Habla. ¿Dónde?

—Ya sé cuanto os sucede así que hablamos de esto, Cosme, que os falta tiempo para salir al encuentro del nuevamente hallado y ceñirle una de las coronas que guardais en vuestro poder para el genio.

—Dadme una muestra del nuevo que anunciáis.

Donatello sacó de su larga manga una tablita en la cual estaba pintada, entre una guirnalda, la Virgen con el niño en brazos y varios ángeles.

—Ciertamente, exclamó Cosme al verle, es un prodigio de belleza y un trasunto de verdad. ¿Dónde está el autor?

—En el convento del Carmine.

—¿Cómo se llama?

—Fra Filippo Lippi.

—Pues yo os aseguro que será mi protegido y mi amigo.

La fortuna de Fra Filippo estaba hecha. El sol que avivaba las artes en Florencia caía sobre su frente. Vamos á verlo.

CAPITULO II.

Gloria y amor.

Paseaban á los pocos dias de la anterior escena los frailes del Carmine por los claustros de su convento, despues de haber finado las horas del silencio, y mataban el tiempo en varias entretenidas conversaciones. Tras la natural abstinencia de regla, todos se desquitaban hablando como por máquina, de cuanto les venia á la boca. Mas Alberto llevaba la voz cantante como decirse suele, ya por su natural garruleria, ya por su inquieta juventud, ya tambien porque su argentino acento resaltaba sobre todas aquellas palabras nasales propias del tonillo extraño reinante por regla general en los claustros. Es el hombre un ser tan social que hasta en las particularidades mas minuciosas de la vida se somete al imperio de sus semejantes, á la voluntad total de cuantos le rodean, modelando por las demás la propia personalidad. En otro tiempo, las leyes y los rescriptos regulaban y ordenaban el traje que debia vestirse, á fin de uniformar por fuerza á los hombres, de distinguir con tan visibles señales las clases. Y desde el dia en que las leyes dejaron tal cuidado, se uniformó el traje mas que nunca, imponiéndose á todos por el tiránico yugo de la moda. Pues tanta uniformidad suele llegar hasta las manifestaciones mismas del espíritu, eminentemente individual en sí, pero tambien eminentemente social en sus revelaciones, y sobre todo, en la revelacion mas difusiva de su ser, en aquella que le relaciona con los demás, en la palabra. A esta tendencia social hay que atribuir la uniformidad del tono y del acento en la misma nacion, en la misma provincia, en la misma familia, y en la misma comunidad. Acercaos á un locutorio de monjas. Cada cual proviene de distinta casa y region. Saludadlas;